

V

EL SITIO DE BALER

por Don Saturnino Martín Cerezo.

La obra *Sitio de Baler* (notas y recuerdos), escrita por el capitán de Infantería D. Saturnino Martín Cerezo, es la narración sencilla y puntual de un hecho militar que por lo extraordinario, y por las condiciones mismas de tiempo y lugar en que se realizó, tiene verdadera importancia histórica. Bien puede decirse, sin exagerar, que fué glorioso epílogo de nuestra dominación en el Archipiélago filipino. Y habida cuenta que el autor de este libro fué á la par actor en tan hermoso drama, fácilmente se comprenderá el valor que tienen páginas por añadidura escritas con una exactitud y modestia extraordinarias. Las mismas circunstancias en que aconteció lo narrado por el Sr. Martín Cerezo, esto es, la distancia que nos separaba del teatro de la guerra, y las contradictorias noticias que de él se recibían, contribuyeron no poco á desfigurar este hecho, si glorioso de todas suertes, necesitado por lo mismo del debido esclarecimiento. «¡Fué todo aquello tan ignorado y tan lejano!»

Estas sentidas frases con que el autor finaliza uno de sus capítulos justificarían, si no aquellas razones, la publicación de tan interesante libro. Lo justifica además la necesidad de poner en su debido lugar los méritos y circunstancias de cada uno de los héroes de aquel insignificante destacamento, méritos y circunstancias no suficientemente aquilatados hasta ahora. Porque siendo como fué el hecho verdaderamente excepcional, la circunstancia de haber fallecido el capitán Las Morenas, jefe del destacamento á los cinco meses de haber tomado su mando, hizo que recayera éste sobre el teniente Martín Cerezo, y con él todas las responsabilidades y toda la gloria á ellas inherente. Baste decir que aquel reducido grupo de soldados españoles, totalmente aislados en la costa de Nueva Écija, sostuvieron por espacio de trescientos treinta y siete días el asedio de numerosísimos insurrec-

tos, sin otra esperanza que la de sucumbir honrosamente bajo los escombros de una pobre iglesia, período de tiempo en que nada faltó para aumentar los horrores de los valerosos y tenaces sitiados, que luchando con hambre, con las tempestades, con las dolencias, con la traición y hasta con el olvido, hicieron tremolar la bandera española sobre un templo casi en ruinas, cuando ya se había arriado en todos nuestros dominios de Oceanía y América. «Este pequeño destacamento, dice con noble sencillez el autor, puso en evidencia que no han decaído nuestras virtudes militares..... Derribados por el infortunio, caídos en el apocamiento y el descrédito, considero, pues, de oportunidad estas páginas, humilde apunte para la historia de aquellos días luctuosos.»

Y en verdad que tal narración está tan atinadamente compuesta, que si cautiva por la sencillez y nobleza del lenguaje y estilo, mantiene el ánimo suspenso ante los múltiples y crecientes trabajos, pruebas y desventuras que pesaron sobre los héroes de Baler. Ante todo la descripción geográfica y topográfica, luego los preliminares del asedio, el aspecto de la insurrección, las relaciones del destacamento con los indígenas. La primera parte corresponde á los comienzos del asedio y llega hasta la muerte del capitán Las Morenas (22 de Noviembre de 1898), cinco meses de penalidades en que se puso á prueba la energía de los defensores, porque al hambre y á las enfermedades siguieron la muerte y la deserción, y, lo que es más triste, el temor de vergonzosas traiciones. Los enfermos cubrían el servicio como los sanos, y unos y otros procuraban que el enemigo no se percatara del precario estado á que se hallaban reducidos. Páginas rebosantes de interés son todas estas, pero con el interés sube de punto la admiración, en la segunda parte del libro, ó sea en la que tomó el mando en jefe el teniente Martín Cerezo. Inteligencia, energía, constancia, gran habilidad la que demostró este oficial, que se mantuvo en su puesto ciento noventa y dos días después de haber fallecido su jefe y que fué el verdadero héroe de Baler. Esta parte del libro es modelo de narración militar. El autor huye de toda hipérbole, de cuanto indirectamente puede

hacer su apología. Lejos de ello. Es la de los defensores todos: de Alonso, de Vigil, de cuantos soldados mantuvieron allí el honor de España.

Pero esta segunda parte es tan sugestiva que se lee con verdadero deleite, porque á los esfuerzos de flaqueza de los sitiados se unen el ingenio y la habilidad para sacar partido de los más insignificantes elementos de resistencia: la astucia en despistar al enemigo, la esperanza frustrada, el ardid bien concebido, cuanto en suma pueda inspirar una situación tan precaria á militares inteligentes y esforzados. «Nada hubo de faltarnos en aquel modesto recinto (la iglesia de Baler), dice el autor, recinto preparado no más para escuchar la plegaria religiosa. Ni las inclemencias del cielo, ni el rigor del asedio, ni los golpes de la traición y la epidemia. El hambre con su dogal irresistible, la decepción que abate las energías más vigorosas del espíritu y el desamparo enloquecedor que desconsuela; todo concurrió allí para sofocarnos y rendirnos.» Y, sin embargo, *diez meses* después de haberse perdido nuestra soberanía en Filipinas, aún flameaba en Baler la bandera española. Bien dice el autor: *Los que hablan de fantasías, que mediten.*

Mucho importaba que vieran la luz documentos como éste; é importaba, según hemos dicho, porque extraviada la opinión por un cúmulo de noticias contradictorias, cuando no erróneas, no dió desde un principio su verdadero valor y significación al hecho, ni su justo merecimiento á los actores. Con estas dificultades tropezarán, sin duda, cuantos quieran escribir acerca de nuestras últimas guerras. De aquí la importancia y mérito de obras como la presente, y de aquí la conveniencia de que el ejemplo del autor sea imitado por grandes y pequeños, sobre todo por aquellos que pueden, esclareciendo dudas y disipando sombras, honrar así el nombre de la Patria.

Madrid, 29 de Mayo de 1908.

FRANCISCO BARADO.
